

# INGLATERRA Y SU MARINA REAL

Por

Reinaldo RIVAS González

Capitán de Fragata, Armada de Chile

Las normas generales de la política inglesa han sido siempre, en síntesis, las siguientes:

- a.—Inglaterra no es parte del continente, sólo los tiene vecinos, cuidando que ningún país tenga un poder tal que amenace su seguridad.
- b.—Como isla, basa su subsistencia en el intercambio marítimo y para lo cual requiere de la supremacía en el mar. Todo aquel que lo discuta es su enemigo.
- c.—Todo país con un Ejército fuerte, trata posteriormente de formar una Flota que pueda vencer a Inglaterra en el mar.
- d.—Las tendencias liberales de Inglaterra están predispuestas a proteger a los débiles, por lo que además siempre defenderá a Bélgica, vecina a sus costas y punto favorable de una posible invasión.
- e.—Las vías de comunicación de su imperio siempre serán de primera importancia. Por ello, el Canal de

Suez, Gibraltar y el Golfo Pérsico serán puntos vitales donde la Flota inglesa habrá de estar presente.

- f.—Estos puntos focales habrán de ser celosamente defendidos, para el beneficio de Inglaterra y también de otras naciones cuyos intereses comunes coincidan con ella.

Estos conceptos que por muchos años han prevalecido, para Inglaterra, como normas generales de acción, puede decirse que son el resultado de su larga e interesante historia. A través de ellas el país ha respondido a las necesidades que le ha planteado su condición geográfica insular, estableciendo dichas normas sobre su único punto de apoyo, el mar.

Los comienzos de esa historia se remontan a los primeros habitantes de las islas Británicas, los celtas, que originarios, muy probablemente de España, fueron atraídos por los metales de Bretaña y el ámbar del Báltico, pero que en estas tierras iniciaron un lento aprendizaje en la construcción de buques.

Impulsados por similares razones, al transcurso del tiempo también llegaron a estas islas otras tribus, entre ellas las germánicas. Sin embargo la civilización que realmente se estableció en forma más permanente fue la de los romanos, que dueños de una flota para transportar libremente sus legiones, poseían el dominio del mar, el Mediterráneo —que era el mundo de aquella época— logrando asentar sus reales en la isla.

Si perduró por muchos años, no fue tanto por la fuerza de las armas o por el prestigio que su sistema de gobierno de colonias tenía, sino fundamentalmente porque los bárbaros no tenían transporte marítimo para llevar hasta Inglaterra la caballería, con que habían derrotado a las legiones romanas en otros campos de batalla.

En consecuencia mientras Roma mantuvo una flota capaz de controlar los mares del Norte, fue capaz de mantener a raya las invasiones de los sajones.

Mucho se habla de las causas por las cuales cayó Roma, achacándolas a sus excesos y libertinaje, pero lo cierto es que sus colonias, entre otras Bretaña, se fueron perdiendo por la decadencia de un poder naval que continuara haciendo respetar el poder político adquirido por este Imperio Romano, en ese mar sin dueño para anglos, jutos y sajones, que presionados por Carlomagno buscaban sin éxito nuevos horizontes, porque no tenían una Flota que los apoyara.

En el año 787, los daneses arribaron a Bretaña con tres buques y posteriormente en 851 asaltaron Inglaterra con 300 naves, remontando el Támesis, ayudados por la marea. A estos invasores siguieron otros, y los más caracterizados fueron los vickings (vick = hombres, ings = de adentro, del interior de los fiordos noruegos), quienes al poseer el dominio del Mar del Norte, también tomaron posesión de la isla para emplearla como base de sus correrías por el mar. Es de presumir que por experiencia razonaban en forma lógica, deduciendo que al contar con un punto central para sus operaciones, podrían elegir el lugar de ataque que les fuera más conveniente para sus intereses.

Como es natural de pensar, ante estas invasiones a su territorio los gobernantes ingleses se vieron obligados a reaccionar

para proteger la isla. Entre ellos se cuentan el rey Alfredo y el rey Canuto, que para la defensa de las costas y la isla, armaron una pequeña Flota, construyendo buques más sólidos y mayores que los de los vickings. Cuenta la historia que el rey Canuto mantuvo contra estas invasiones guardia especial de 40 navíos y 300 hombres.

También es interesante anotar que derivadas de esta situación de peligro común para los señores y los campesinos, las medidas de protección y de organización que se tomaron, dieron origen a un nuevo sistema de gobierno, el feudalismo (no hay tierra sin señor), como solución a la necesidad de la defensa local. Esta forma de Poder fue paulatinamente aceptada y se difundió no sólo en la isla, sino también en el continente europeo.

La última invasión a Inglaterra tuvo lugar en el año 1066 por Guillermo el Conquistador, Duque de Normandía. Fue naturalmente, hecha por mar, cruzando el desguarnecido Canal de la Mancha en 750 barcos con 15.000 soldados y 6.000 jinetes, no sin antes haberse visto obligados a vencer las 300 galeras del rey de Noruega, en la Batalla de Hastings. El hecho de que el Poder estaba en manos de reyes franceses, obligaba a éstos a cruzar periódicamente el Canal, lo cual si lo consideramos como una especie de gobierno central, establecido en la isla para controlar sus posesiones en Bretaña y Normandía, dio nacimiento a un comercio más activo entre ambas regiones, cuyo principal producto era la lana.

En aquella misma época, debido a la gran epidemia de peste negra, la mano de obra se hizo muy cara y fue necesario buscar con urgencia la salida de los productos de la isla por la única vía posible que era el mar, cuyo dominio hubo de ser asegurado permanentemente. Esta circunstancia que parece históricamente intrascendente, promovió un activo comercio de lanas, origen del Imperio Británico y también del primer paso cambiante de una política insular, de tendencia aislacionista, a una política naval e imperialista.

Inglaterra, en su dilatada trayectoria histórica, ha tenido la habilidad de obtener siempre provechosas experiencias de sus cambios. Esto la ha convertido en

una singular monarquía liberal, y siempre atenta a los fenómenos sociales, políticos y económicos. En el siglo XIV supo advertir que de productor de materias primas debía convertirse en exportador de productos elaborados. Causas diversas le movieron a establecer los primeros centros industriales en la isla, con un efecto que en buenas cuentas significaba el asentamiento del capital, riqueza que iba a controlar acomodando a este propósito su política exterior, respaldada por un poder naval suficiente para intimidar a sus vecinos.

Este concepto se mantuvo hasta fines del siglo XIV en que todos los triunfos militares del rey Eduardo III se debieron a las victorias que obtuvo en el mar. Posteriormente, cuando por debilidad o falta de visión de sus sucesores, las fuerzas terrestres de ocupación fueron vencidas, fundamentalmente se debió a la pérdida del dominio del mar; España y Francia unidas habían derrotado a la Flota inglesa en La Rochela, cuya consecuencia a mediados del siglo XV fue la pérdida de Normandía, logrando conservar Calais sólo por 100 años más.

Fue realmente Enrique VII a comienzos del siglo XVI quien visualizó con claridad la situación de Inglaterra de la época. El comercio era la llave de todo progreso, y el desorden era un descalabro económico más grave que los malos negocios, por lo que los capitalistas estaban del lado del rey; el Mediterráneo estaba cerrado, pues el poder naval del Islam guardaba sus puertos. Ello obligaba a los buques a aventurarse a otros países y, en consecuencia, al descubrimiento.

Su obra en el mar, aunque poco conocida, fue extensa, dando un gran impulso a la navegación, construyendo barcos más grandes como el "Mary-Fortune" y el "Sweepstake", que los arrendó a los comerciantes.

En aquella época (siglo XVI comienzos) la galera era el buque de guerra y el velero el buque mercante, pero el sentido práctico de los ingleses hizo que se fueran confundiendo a través del tiempo, para poder disponer en tiempo de paz de toda su Flota, con una adecuada seguridad y cuando llegaba la guerra por mandato del rey, los carpinteros construían a proa y popa "castillos" para las tropas.

Enrique VII fue quien:

- a.—Primero montó cañones a los buques.
- b.—Creó un Arsenal Naval para los buques en Portsmouth.
- c.—Envió expediciones por mar buscando las especias del Oriente, aunque terminó por descubrir los bacalaos de Terranova.
- d.—Decretó el Acta de Navegación que prohibía importar vinos de Burdeos en buques extranjeros, para proteger el transporte marítimo inglés. (De aquí deriva la costumbre de medir el desplazamiento de los buques en toneladas; de los antiguos toneles bordaleses).

Con meridiana claridad vio, como dijo: "El porvenir de mi pueblo está en el mar", combinando su interés por la Flota con una enconada política naval para ganar los mercados exteriores, que fue el comienzo también de un gran imperio de 3 siglos.

Su sucesor, Enrique VIII, más conocido por sus 8 esposas que por su visión de gobernante, también fue un continuador de la política de su padre, y logró reorganizar la Flota, construyendo nuevos arsenales, y fundando además una Escuela para pilotos.

De los reyes ingleses de esta generación, sin duda fue Isabel quien tuvo la oportunidad cumbre de ese siglo para cimentar la fortuna y prosperidad de Inglaterra como futuro imperio colonial. Con una habilidad política poco común en una mujer de la época, supo aplicar con éxito todos los recursos de su ingenio femenino para conseguir cuanto pudo de sus adversarios políticos y de sus adversarios en la mar.

La suerte también la ayudó desde un comienzo; y se cuenta que cuando la isla estaba amenazada con una invasión española, la ciudad de Londres le ofreció 30 buques y 10.000 hombres para la defensa de Inglaterra.

Debemos recordar que en aquella época Inglaterra, todavía era un país de segundo orden que aún no pesaba lo suficiente en el concierto del mundo europeo, y que lo marítimo giraba en torno al Mediterráneo.

Una serie de factores circunstanciales pesaron en la balanza del Poder. Isabel con un acertado criterio político los aprovechó en beneficio de Inglaterra.

En resumen éstos fueron:

- a.—A la fecha del descubrimiento de América por Cristóbal Colón había pocos países en condiciones de participar de estas conquistas.
- b.—Italia se mantenía ocupada en la defensa del Mediterráneo contra la supremacía de los turcos.
- c.—Francia estaba envuelta en una guerra religiosa.
- d.—España y Portugal habían aceptado el tratado de Tordesillas impuesto por el Papa, que dividía los dominios de los territorios descubiertos recientemente.
- e.—En aquella época (1560) el dominio del mar era de España.

Este cambio no fue un rápido proceso, sino más bien una acertada evaluación de los hechos que iban ocurriendo. Sucedió, por ejemplo, que la piratería era un buen oficio con sus sistemas establecidos en las Cartas de Marca, por lo que a los ingleses les era muy rentable saquear navíos españoles que venían de América y buques portugueses que regresaban de las Indias. Ello, sin duda, a la larga o a la corta iba a traer problemas a Inglaterra, por las depredaciones que cometían sus aventureros súbditos. Isabel, ante el reclamo de España, acogió este cargo con gran seriedad pero no hizo nada. Prueba de esto fue que en vez de castigar a John Hawkins, autor de no pocos asaltos, después de un tiempo, lo nombró su Tesorero Real.

Este marino había sido el primero en cambiar la piratería a un estado de comercio legal.

Tal vez el más connotado de ellos fue Sir Francis Drake, quien dio el vuelco favorable del destino de Inglaterra al emprender un exitoso raid a América en que asoló las plazas fuertes españolas y regresó a su base en Portsmouth con un buque literalmente cargado de oro, que además de su valor monetario, también dejó establecido el derecho de los ingleses a la libertad de los mares.

Tan grande fue este éxito, que en 1557 zarpó en un segundo viaje a bordo del "Golden Hind", financiado por varios

capitalistas de Londres, entre otros la propia reina Isabel. Su Flota ya iba armada de cañones y los buques contaban con espléndidas tripulaciones que atacaron y saquearon con éxito a los galeones españoles. Efectuó su regreso por el Océano Indico completando la vuelta al mundo en 1580, hecho que aumentó su prestigio más aún a la recalada a las costas inglesas. Vale la pena también comentar que el capital invertido dio el 4.700 % de interés.

Obvio era que el reclamo de España no se hiciera esperar y que la guerra también fuese inevitable, porque Isabel ignoró audazmente todo lo ocurrido, confiada en que Hawkins tenía su Flota lista para combatir.

España entretanto había logrado construir una gran Flota en Cádiz que Drake destruyó en su mismo fondeadero, porque contaba con naves de guerra más veloces, los veleros más artillados y mejor tripulados que las galeras españolas. Ajustándose a la época, la fuerza naval inglesa, desde una buena posición, se convertía en un poder naval eficiente que ejercía el control de las comunicaciones marítimas en su beneficio, privándose a sus adversarios.

Para contrarrestar esta situación Felipe II volvió a construir una nueva Flota en el año 1588, la llamada Invencible Armada.

Se proyectaba la invasión de la isla con un Ejército de 30.000 soldados que estaban en Flandes al mando del Duque de Parma, fuerza terrestre que atravesaría el mar en pinazas de la Flota española del Duque de Medina Sidonia, gran soldado pero poco conocedor de la vida del mar, dada su escasa experiencia marinera.

Sus oponentes, ya preparados (con lo cual se perdía la sorpresa estratégica), habían designado para el mando de la Flota inglesa a Lord Howard, hábilmente secundado por buenos y experimentados marinos de carrera, como Hawkins, Drake y Frobisher que contaban con 34 buques de guerra de un nuevo diseño, de veleros con menos borda, mayor eslora y muy bien armados. A esta fuerza se sumaban 150 barcos mercantes armados, que habían proporcionado los puertos del Sur de Inglaterra.

Por parte de los ingleses hay que señalar dos aspectos determinantes: el mando confiado a las manos más capaces, sin distinción de orígenes aristocráticos y la comprensión del pueblo a través de sus representantes de la necesidad indispensable de un Poder Naval para la defensa del país. Ya no es el rey sólo el que hace guerras por su cuenta, la opinión pública pesa para hacer la guerra en beneficio de un interés común.

Cuando la Invencible Armada arribó a Flandes nada de lo pensado había sido preparado y la invasión hubo de ser postergada. Los españoles, creyendo entonces aprovechar una oportunidad, se presentaron frente a Portsmouth, en una típica formación terrestre ante los ingleses que habían adoptado una formación en línea de fila.

El mayor alcance de su artillería, la mejor capacidad de maniobra de sus buques de nuevo diseño, el mando más capacitado y sus nuevas formaciones, hicieron de este encuentro un combate naval de nuevas características diferentes a la costumbre de la época, que era una batalla con técnicas de enfrentamiento terrestre.

Los ingleses, en el sentido estricto de la palabra, no ganaron la batalla, por haberseles agotado la munición, pero sí obligaron a los españoles a retirarse de las costas de la isla. Como experiencia se dejaba establecida la existencia de nuevos conceptos de la lucha en el mar.

Es preciso también acotar que sería una falta de realidad dar a los ingleses una cabal comprensión de estos conceptos, que en nuestros tiempos contemporáneos son la base de la estrategia y la táctica. Pero su mérito está, en que si bien no lo maduraban racionalmente como doctrina, intuitivamente discernían acerca de sus reales necesidades de dominio del mar.

Con los españoles fondeados en Calais, Inglaterra aún no se sentía segura. Por ello resolvieron atacarlos con brulotes, cogiéndoles por sorpresa en sus fondeaderos. Los buques que no fueron hundidos por la metralla inglesa, huyeron en desbandada, sin saber donde ir, por la falta de Posición que pudiese asegurar el éxito de sus operaciones.

Finalmente, las naves restantes decidieron dirigirse a Irlanda, país católico,

donde suponían erróneamente que se les dispensaría una buena acogida. Esta circunnavegación a las islas británicas era peligrosa para los recursos de la época que, unido al escaso conocimiento meteorológico del área, los hizo emprender un viaje de fatales consecuencias.

Los malos tiempos y tormentas dispersaron la Flota y bástenos decir que de 150 buques, sólo 50 regresaron a España y que de 30.000 soldados, 10.000 murieron ahogados. La Invencible Armada había sido derrotada sin combatir y España había perdido el dominio del mar.

Las relaciones del Poder Político siempre han sido complejas. Este triunfo en el mar no representó para los ingleses una victoria decisiva, porque España seguía siendo una potencia fuerte en Europa aliada con los franceses; Inglaterra era un país sin Ejército.

El término de una contienda, normalmente deja establecidas las bases para una segunda disputa; y España, poderosa nación de vastos recursos en sus numerosos dominios coloniales, construyó una nueva Flota e invadió Irlanda. Inglaterra respondió asolando el comercio hispánico en sus posesiones del Nuevo Mundo, en las Azores y las Antillas. La política continuaba por otros medios; por la posesión del poder económico de las extensiones de tierra y de mar que abarcaba el mundo conocido de aquella época.

Han transcurrido varios siglos desde las primeras invasiones romanas y este peculiar pueblo se ha convertido en nación que la sorprende en el siglo XVI en la escala ascendente al poder mundial, aún cuando no tiene todavía una definida política imperialista. Pero sus hombres han aprendido a costa de guerras, revueltas, revoluciones, que su seguridad exterior de Estado Nacional libre y soberano, guarda una íntima relación con su nueva condición de potencia marítima.

Su desarrollo social también tiene una marcada ingerencia en estos aspectos, pues ya no se trata de las guerras particulares o privadas del rey como lo hemos mencionado, sino que es el pueblo, a través de sus representantes en el Parlamento, el que da su aprobación a las contiendas del Estado contra otros países, porque todos son conscientes de

la importancia del mar para las islas británicas.

En 1604 se firmó la paz con España, obteniendo su reconocimiento de la libertad de navegación por los mares del mundo, con lo que el proceso de expansión territorial siguió su curso, abarcando el nuevo continente en el cual se fundó Virginia, la primera colonia inglesa en Norteamérica.

Las luchas y persecuciones religiosas habían obligado a expatriarse a muchos ingleses puritanos a las tierras de América del Norte y por aquella época (1620), el suceso del "Mayflower" ya se había producido, cuando el rey Carlos I hizo extensivo a todo el país el impuesto del Ships Money que produjo un gran revuelo en el Parlamento aunque no por su fondo, sino por su forma.

Ello originó una nueva disputa entre el rey y el Parlamento, porque aún cuando era costumbre que las ciudades marítimas defendieran sus costas, entregando al rey buques tripulados, y aunque la medida adoptada era lógica desde todo punto de vista, el cobro de nuevos impuestos debía ser aprobado por el Parlamento. La situación del momento era bastante seria, pues los turcos asolaban las costas impunemente y no le fueron concedidos buques para la defensa del puerto de Londres, sin que antes mediara un largo y discutido debate sobre el asunto. Pese a haber obtenido los medios que necesitaba, la autoridad del rey, por el solo hecho de ser discutida, quedó debilitada y en consecuencia robustecida la del Parlamento.

El siglo XVIII continúa con acciones más o menos decididas por parte de los ingleses que conservan su dominio del mar, el cual para que fuera eficaz, debió ser ejercido a costa de nuevas guerras con sus vecinos en el mar.

En 1651 Oliverio Cromwell dictó el Acta de Navegación que prohibía importar mercaderías en buques que no fueran ingleses. Por esta causa entró en guerra con Holanda. Ambos países contaban con Flotas muy similares, pero el mayor comercio de los holandeses fue el más afectado, ante el enfrentamiento de dos marinos de prestigio, Tromp contra Blake. Buscando aliados Inglaterra se unió a Francia contra España, a la cual logró arrebatarse la legendaria isla de Jamai-

ca donde instaló a sus colonos nacionales.

Otro ejemplo de su tenaz esfuerzo por gravitar en política exterior, le hizo establecer una Flota en el Mediterráneo aprovechando de fortificar Gibraltar, lo que a la postre le permitió intervenir con decisión en los asuntos continentales de Europa.

Hay que hacer notar que derivado de la situación política interna del país, después de la dictadura de Oliverio Cromwell, el Estado había descuidado mucho la defensa de sus costas, situación que permitió un nuevo asalto de la Flota holandesa que en 1667 incluso llegó a remontar el Támesis. Este hecho produjo un gran pánico a los ingleses; aún cuando distaba de ser invasión en forma, naturalmente les despertó negras inquietudes sobre su futuro. En medio de una siempre cambiante situación política internacional, llegaron a firmar la Paz de Breda que daba término a la guerra con Holanda, tratado mediante el cual, Inglaterra se adjudicaba los territorios de Nueva York y toda la costa de Virginia del Continente de América del Norte.

El siglo XVIII es en la práctica de auge y prosperidad para Inglaterra. Los principios de su política exterior, no tan claramente definidos 200 años atrás, ahora se mantienen, y esta nación comienza a ser respetada por la capacidad guerrera de su Poder Naval.

En la práctica estos principios se concretan ahora en tres puntos:

- a.—Mantener en Europa la balanza del Poder.
- b.—Impedir la unión de España con Francia.
- c.—Obligar a España a evacuar Flandes y el Delta del Rhin que era la mayor preocupación.

El tratado de Utrecht en 1713 dio término al Imperio de Carlos V. A la fecha Inglaterra poseía importantes Bases Navales para sus Flotas distribuidas en puntos estratégicos del mundo marítimo. En el Mediterráneo contaba con Gibraltar y Puerto Mahon. Tenía también útiles Establecimientos Navales a lo largo del incipiente imperio colonial, los cuales le habían sido concedidos mediante tratados favorables o por la presión de las armas de sus fuerzas navales que ejercían el dominio del mar.

Este pequeño país de antaño, ya no era nueva potencia de segundo orden, sino que por la tenacidad de su espíritu y la notable visión política de sus estadistas se estaba convirtiendo en árbitro de los destinos del mundo.

Como hemos mencionado, las tendencias liberales del pueblo inglés, en cierta medida han tenido mucho que ver con la decisión de su política naval, ya que sus parlamentarios siempre han tenido la visión de estadistas conscientes del destino marítimo de Inglaterra y han enfocado claramente este problema para lograr una próspera Marina mercante en su beneficio.

En 1715 subió al trono de Inglaterra Jorge I, que era un príncipe alemán, el elector de Hanover, bisnieto de Jacobo I y que como no sabía hablar inglés, fue dejando todos los asuntos de Estado en manos de un ministro, quien a la postre llegó a responsabilizarse de todas las decisiones de la administración del Estado. Este simple hecho dio origen a la Monarquía parlamentaria (Primer Ministro) y a un sistema de Gobierno que es de uso común en varias naciones.

El primero de ellos fue Walpole, que permaneció en su puesto por más de 20 años, tiempo en el cual se vio envuelto nuevamente en guerra con Francia. Las causas de ésta fueron, aparentemente, la lucha por el comercio de esclavos, pero el fondo del asunto como siempre sucede era muy diverso; a ninguno de los dos les gustaba la competencia.

Otros aspectos que también fueron causas de guerras, fueron las colonias, tales como el Canadá que era un territorio disputado por ingleses y franceses, los que se atribuían iguales derechos. En cambio la India, que también era codiciada por estos dos países, era una lucha abierta, sin más derechos que la fuerza y la habilidad de dos grandes hombres, cuyos nombres legendarios hicieron historia, Dupleix y Clive. El comercio, el dinero, la fama y la fortuna eran el telón de fondo de estos esfuerzos.

La paz de Aix la Chapelle en 1740, si bien no puso fin a esta guerra, marcó un estado de tregua, bien poco satisfactorio para ambos países, en que lo único que quedó más o menos claro, fue que en el futuro Francia e Inglaterra se verían obligados a definir quién iba a po-

seer el Dominio del mar y en consecuencia, el imperio colonial. La respuesta a ello se produjo 65 años más tarde.

Pero en tanto, se sucedieron muchos hechos históricos. Las colonias crecían y los buques que hacían el comercio marítimo a esas posesiones eran atacados porque España y Francia habían vuelto a construir fuertes armadas y nuevamente hubo guerra con Francia (1756) la que tuvo por consecuencia la toma de Menorca en el Mediterráneo. Los ingleses respondieron bloqueando los puertos franceses, eficaz medida que terminó por desmembrar al también próspero imperio colonial galo, legalizado en la paz de París en 1763.

En este tratado, unos y otros hubieron de cederse territorios y colonias, pero siempre con ganancias favorables a Inglaterra, ya que la hábil política exterior desplegada por su Ministro Pitt, siempre logró sacar buen partido de las negociaciones, en positivo beneficio para su país a costa del despojo de otras naciones.

Francia aún continuaba manteniendo su condición de Potencia.

El poder que iba adquiriendo no era bien visto por ninguno de sus oponentes en las rutas marítimas comerciales y, en consecuencia, potenciales adversarios del Dominio del mar.

En la segunda mitad del siglo XVIII, Inglaterra se vio envuelta en una nueva guerra como veremos más adelante.

Una de las causas fue la no representación en el Parlamento de las colonias y el cobro a éstas, de subidos impuestos para mantener el Ejército; también la naciente influencia de los factores que promovieron la Revolución Francesa, aunque no prosperaban en el pueblo inglés, debido a su peculiar condición de monarquía liberal. También fueron factores entre otros, para envolver a Inglaterra en nuevos conflictos bélicos en el siglo XVIII, el hecho que España, Francia y Rusia juntas, se aprovecharon de esta oportunidad y varias de sus colonias pasaron a su control, logrando salvarse solo Gibraltar, gracias a la visión del Almirante Rooke, que la tomó el 4 de agosto de 1704 "Por convenir a los intereses del Rey".

Al entrar Napoleón en los hechos históricos, Inglaterra era considerada ya

una Potencia que ejercía su bien ganado Dominio del Mar, a través de una Flota poderosa mandada por Almirantes prestigiosos como Hood, Jervis, Collingwood y Nelson. Como lo hemos mencionado, esta norma de selección iniciada en los tiempos de Drake, era debido simplemente a la necesidad de contar con hombres capaces, independientes de su condición social, fuera o no aristocrática, situación bien diferente a las otras naciones en aquella época, en que la nobleza era una condición primordial para poder ejercer el mando como oficial.

Por este motivo, llegaron a convertirse en profesionales más avanzados, y, en busca de mejores técnicas, desarrollaron también nuevas tácticas y procedimientos. Es el caso del Almirante Kempenfeldt, quien fue el primero en crear un código de señales que le permitía dar órdenes a sus buques durante la batalla; adelanto en las telecomunicaciones que era todo un sistema revolucionario para su época.

En este ejercicio del dominio del mar, los ingleses habían evolucionado en su estrategia marítima basados en dos aspectos esenciales; impedir el abastecimiento del enemigo, atacando y tomando posesión de sus Bases; y reaccionar con toda la violencia de sus fuerzas cuando el adversario atacaba su comercio marítimo.

Esto, en esencia, es el Poder Naval como una realidad: la posición para atacar, y el control de las líneas de comunicaciones marítimas en beneficio propio, negándoselas al adversario.

Como hemos mencionado, a raíz de la unión de España, Holanda y Francia, en la práctica los ingleses se verían excluidos del Mediterráneo, situación antagónica a su estrategia naval antes comentada, porque carecían de una Base en esta área marítima. Esta circunstancia produjo serias dificultades, ya que sus triunfos, como la batalla del Cabo San Vicente con la Flota española y la de Camperdown contra los holandeses, no lograron un efecto decisivo por la falta de Base en el Mediterráneo.

Sólo con la victoria de Nelson en Aboukir, el 1º de agosto de 1798, ganando la isla de Malta, volvieron los ingleses a recuperar también el dominio del

Mediterráneo y el Oriente; y, consecuentemente, el prestigio en la autoridad de su Poder Político del que nuevamente hará gala al intervenir en asuntos internacionales en su lucha contra Napoleón.

En efecto, procede de igual forma que contra Felipe II y Luis XIV al defender esta vez a los holandeses, ya que con ello restablece el equilibrio del poder en Europa. El conocido hecho naval, culmina con la derrota de la Flota francesa en el Cabo de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, por el Almirante Horacio Nelson, héroe de la Armada inglesa.

Esto fue el comienzo del fin de la carrera política de Napoleón que, aún cuando se mantuvo varios años más en el poder, por el éxito de sus ejércitos triunfadores en muchas batallas terrestres y su habilidad de estadista para pactar coaliciones, a la postre no cimentó su poder ni estabilidad porque el dominio del mar era inglés. Las flotas francesas, holandesas y españolas no lograron combatir, pues estaban bloqueadas en sus puertos de Brest, Tolón y Cádiz.

Su desenlace en Waterloo, en 1812, sólo fue el fin de una situación previsible, que dio a Inglaterra la conquista de varias colonias y el control de las rutas marítimas a la India, en forma estable y definida por más de una centuria, convirtiéndose así en rectora de los destinos del mundo.

Los varios hechos navales y sus consecuencias políticas, sucedidos en el siglo XIX, pueden resumirse en los siguientes hechos con que Inglaterra seguía manteniéndose en su condición de Potencia mundial.

- a.—El apoyo a las colonias con la presencia de la Flota inglesa que paseaba su bandera por el mundo (to show the flag), contribuyó en mucho a la iniciativa del comercio en la búsqueda exitosa de nuevos mercados que se requerían con urgencia después de la guerra.
- b.—En 1827, las Fuerzas de Francia, Inglaterra y Rusia destruyeron la Flota turca en Navarino, dejando libre el Mediterráneo.
- c.—La política del hábil Ministro Palmerston, de combinar la defensa de las naciones oprimidas con los inte-

reses británicas hizo de Bélgica un país libre a quien dio además su protección y el pueblo inglés veía con agrado su pabellón respetado en todo el mundo.

d.—En la guerra de Crimea, las flotas inglesa y francesa cruzaron el Bósforo obligando a los rusos a retirarse a Sebastopol y, posteriormente, por el Tratado de París, en 1856 el Zar perdió sus derechos de mantener una Flota en el Mar Negro.

e.—Este mismo Tratado también determinó las primeras normas jurídicas de derecho internacional sobre la libertad de los mares, al legislar sobre la abolición del corso y la

protección de la mercadería por el pabellón del buque, a excepción del contrabando de guerra, la prohibición de apoderarse de mercaderías neutrales, la obligación de hacer bloqueos efectivos, etc.

Finalmente debe mencionarse también que los ministros civiles como Disraeli y Gladstone fueron los artífices que cimentaron el imperio colonial inglés, siguiendo la misma política de sus antecesores. Al tener una clara concepción de los problemas del mar, lograron en una Inglaterra victoriana —tal vez a costa de una controvertida Pax Britannica—, la riqueza y el desarrollo social, material, científico e intelectual, que le dio prestigio entre las naciones del orbe.

